

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

POLEMICA.

Aprovechamos la ocasion, que hoy se nos ofrece, teniendo más espacio disponible en nuestro BOLETIN, para dar cuenta en él de una interesante y sabrosa polémica mantenida hace tiempo en *El Cascabel*, por uno de nuestros más ilustrados socios corresponsales, sobre la eterna cuestion de las corridas de toros.

Conviene que la SOCIEDAD conozca todo cuanto se ha dicho, no ya á favor del llamado *espectáculo nacional*, que es bien poco, aunque muy repetido y en variedad de tonos; sino en defensa del interés de aquella y en cumplida contestacion á esto último. Asi se verá que ni ha quedado agravio sin castigo, ni argumento sin retorcion, como cumple á discuciones en que nos toca la defensa de la justicia y de la verdad, y á espíritus levantados, en que la generosidad se aduna con el talento y el entusiasmo con la ilustracion.

Una gran prueba de confianza y de lealtad ofrece el BOLETIN, insertando unidos, y en el orden en que se produjeron, los argumentos y las refutaciones; la comparacion entre unos y otras, dará el triunfo seguramente, en los espíritus rectos y desocupados, á los mantenedores de la idea proteccionista.

Hé aquí la polémica:

UN DEFENSOR DE LA FUNCION DE TOROS.

"Sr. Director de *El Cascabel*.

Muy señor mio y de mi mayor estimacion: Siento mucho que una persona tan amable como Vd., tan bondadosa y tan condescendiente con todo el mundo, se muestre severo en demasia con los que tenemos decidida aficion por las fiestas taurinas.

Diciembre 1.º, 1877.—Tomo IV.—Núm. 7.

Tiene Vd. un recto, desapasionado é imparcial criterio, cuando se trata de cualquier cuestion; pero al llegar á la de los toros, pierde Vd. la serenidad, y la injusticia aparece en cuantos escritos se relacionan con la más brillante de las fiestas nacionales.

Hoy, que la ópera italiana se ha enseñoreado de nuestros más lujosos coliseos, como si en España no hubiera autores capaces de escribir buenos libretos y excelentes partituras; hoy, que el público se olvida de nuestros clásicos autores y de sus dramas inmortales y acude presuroso á presenciar los grotescos episodios de la zarzuela bufa; hoy, que por el lúbrico y repugnante can-can nadie se acuerda de nuestras sentidas muñeiras, de nuestros inimitables aires aragoneses y de nuestras brillantes malagueñas; hoy, en fin, que priva todo lo que tiene sabor tras-pirenáico, bien podía Vd. dejar en paz, disfrutando de sus impresiones, á los que en las corridas de toros ven, no la lucha de la fuerza bruta, sino el talento y destreza del hombre, venciendo al instinto y bravura de las fieras.

Sobra de vicios hay por desgracia que corregir y ancho campo tienen los periodistas en donde ejercitar sus facultades, con más provecho para la sociedad que la cruzada contra los toros.

Cuando la prensa con todo el peso de su autoridad, haya conseguido hacer desaparecer esos garitos que se encuentran á cada paso y que llenan de luto y desolacion á innumerables familias; cuando la prensa consiga barrer de nuestras calles esa escoria que á ciencia y paciencia de las autoridades se presenta por doquier con el mayor desenfado haciendo ruborizar á nuestras madres y hermanas, entónces puede, si gusta, emprenderla con las corridas de toros que nada tienen de inmorales, y que lejos de arruinar al público, ofrecen pan á los lidiadores que de esta honrada manera ganan su sustento, y van á engrosar los fondos de los establecimientos de beneficencia; no seamos tan caprichosamente sensibles, que por no ver morir á una escuálida caballería, permitamos que mueran de hambre mil y mil desheredados de la fortuna.

Se cree, ó se pretende creer, que los aficionados quedamos muy satisfechos cuando por rara desgracia es cogido algun lidiador. Esta es una vulgaridad que no merece refutacion: puede el ganado ser bravo, duro para la lidia y á propósito para toda clase de suertes, sin necesidad de que ocurran tales desgracias; y la experiencia lo tiene así demostrado.

Es indudable que existe exposicion para el hombre; pero ¿no existe acaso mayor en los circos ecuestres, en los ejercicios de funambulismo, en los de domadores de fieras y en otros mil espectáculos, sin que merezcan una palabra de reprobacion de los detractores de las fiestas taurinas?

Para que se vea hasta donde llega la pasion, basta leer el último número de su apreciable periódico.

Después de reseñar las desgracias ocurridas el 23 de Mayo, exclama:

“Con razon se vendian los billetes á tan alto precio!”

“¡Pues apenas tenía atractivos para los aficionados!”

¡Pues!

¡Como si los aficionados supiéramos, por arte de magia, lo que iba á ocurrir en tal corrida!

¡Como si los aficionados fuéramos tan fieras, que celebráramos desgracia tal!

Yo, mi Sr. D. Carlos—y como yo hay muchos—soy entusiasta por los toros; y lo soy por el adelanto y civilizaci6n como el que más; no hay lista de suscripci6n para un fin patriótico, humanitario ó científico, en la que no figure mi modesto óbolo; admiro y estudio nuestros mejores y clásicos poetas; promuevo certámenes literarios, y presto mi humilde apoyo á cuantos se celebran; doy á Vd. mil parabienes por cuantos proyectos útiles inicia en su ilustradísimo periodico; y sin embargo *me muero* (dispense Vd. la exageraci6n), por un quiebro del Gordito, por una vara de Calder6n y por una estocada de Frascuelo.

¡Vea Vd. como lo cortés no quita lo valiente!

Pero me voy haciendo difuso, y tengo tela para muchas cuartillas.

Usted, que tanto escribe contra las corridas de toros, inserte, si es imparcial, estos renglones, escritos á vuela-pluma, y se lo agradeceré su afectísimo

SAN... RAFAEL."

Madrid 6 de Junio.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

"Las corridas de toros, tan elogiadas por unos como atacadas por otros, deben ser consideradas bajo fases bien distintas; bajo todas ellas son seguramente dignas de la más severa discusi6n.

Hé aquí pues, bajo qué aspectos deben ser analizadas.

1.º Las corridas de toros son contrarias al derecho á la vida que reside en todo sér.

2.º Contrarian igualmente el sentimiento moral, y como tal, perjudican al desarrollo en el individuo de ese mismo sentimiento, y á las buenas costumbres.

3.º Las corridas de toros ofrecen un espectáculo que rechaza el criterio de la raz6n; que también rechaza la conciencia humana.

4.º Son perjudiciales al desenvolvimiento de la riqueza agrícola, base segura del bienestar de los pueblos.

Conforme á estos principios, clara y terminantemente expresados, puede desde luego fijarse la discusi6n, limitándola á demostrarlos ó á rebatirlos; la victoria será desde luego de quien logre allegar mayor número de pruebas, de razonamientos, en pró ó en contra.

Pudieran además aducirse otras razones y fijarse otros principios; más los que sentados quedan, son por sí suficientes para demostrar cuán con-

trarias son las corridas de toros á todo lo que pueda llamarse digno, útil y elevado.

Los partidarios de los espectáculos taurinos, no dejan de expresar los beneficios que dicen reportan esas luchas, en que la ventaja está siempre del lado del más inteligente; del hombre. Poco importantes en realidad, casi nulas ciertamente para los que en ellas vean la verdad que encierran, no es á quien viene á atacar esas fiestas al que corresponde exponer esos beneficios, que sólo pueden existir en la mente de quien, como el señor San... Rafael *"se muere por un quiebro del Gordito, por una vara de Calderon y por una estocada de Frascuelo."*

Dejando, pues, sentadas las cuatro conclusiones que quedan expresadas, y considerando nulas en absoluto las ventajas que á la sociedad ó á la patria pueden resultar de las taurinas fiestas, bueno será pasar á examinar el artículo que con el título de *Un defensor de la funcion de toros*, ha motivado estos renglones, escritos con la ligereza necesaria á quien tiene poco tiempo de que disponer.

Gracioso por demás es el párrafo tercero del artículo-carta, en que recuerda el defensor de las taurinas luchas la decadencia de nuestro teatro y de nuestras olvidadas jotas y muñeiras: el contrasentido no puede ser mayor, si se quiere elevar la ópera española y el drama de nuestro teatro contemporáneo, con la *eficaz* ayuda de un espectáculo brutal y repugnante.

¿Cómo ha de amar nuestro pueblo la música, la más sublime expresion del sentimiento humano; el drama, expresion notable de hechos elevados; el teatro, por algunos llamado escuela de las costumbres, aunque sólo sirva en realidad para las variadas manifestaciones estéticas; cómo ha de amar nuestro pueblo todo eso, si el clarín que toca á banderillas tiene más armonía que la más dulce melodía de Bellini?

Imposible: la música sólo puede llevar al espíritu el goce santo del sentimiento, y ese goce nada vale para quien puede sentir elevarse su alma ante los sangrientos restos de un infeliz caballo, pisados cruelmente por el mismo que los abrigó en sus entrañas.

Querer que el drama pueda cautivar con la expresion de los hechos sublimes, cuando lo sublime existe en una estocada á volapié ó en un mete y saca recibiendo, es locura, delirio, eleccion imposible.

Por eso entre nosotros arrastra el teatro vida efímera, raquítica existencia: que no queda el placer del sentimiento para quien sólo siente palpar su corazon ante la lucha, *no de la fuerza bruta, sino del talento y la destreza que reúne al instinto y la bravura de las fieras.*

¿Dónde, dónde está esa lucha, si el toro ha de morir y ser vencido?

No se llame lucha á la del que tiene á la fuerza que morir: así luchaban los que en el circo romano saludaban al César, con aquellos terribles palabras tan conocidas.

El toro va al circo á morir, y muere: ¿dónde, si no, ha vencido el toro?

Sólo existe la lucha, allí dónde los combatientes pueden encontrarse con análogas condiciones; sin esta circunstancia, el combate no puede ser más que el sacrificio del más débil.

El toro es, pues, sacrificado; y del caballo no es menester decir nada; es la víctima indefensa que halla en las astas del toro el pago de sus servicios al hombre.

Los vicios que aquejan á nuestra sociedad no son suficientes á sancionar el mal; los males que existen por doquiera, y que como dice con razón el articulista, llevan el rubor al rostro de nuestras madres y nuestras hermanas, no pueden desaparecer sino llevando á la conciencia de cada individuo las sublimes ideas del bien y del amor: el mal no puede sancionar otro mal, y la escoria que envilece nuestras calles, no desaparecerá de ellas mientras las teorías de la moral sublime sean contrarrestadas por espectáculos que sólo pueden ayudar á que el vicio se aumente, á que el sentimiento que engrandece al hombre sea ahogado por los gritos de una multitud furiosa que pide caballos y más caballos, cuando un toro ha conseguido matar varios de estos desgraciados animales.

La prensa, pues, está en su completo derecho, apoyada en la más estricta razón, al pedir la corrección de todos los vicios; y no porque existan muchos, se ha de limitar á censurar algunos solamente, aprobando con su silencio los demás: esta conducta sería absurda, en el mayor grado que al absurdo puede concederse.

Se ocurre al Sr. San... Rafael apoyar la idea de que los lidiadores ganen honradamente su sustento, y que con los espectáculos taurinos halla la beneficencia pública fondos cuantiosos con que atender á las necesidades de los desvalidos.

¿Acaso no hay medios donde ganar la subsistencia más que en los toros?

¿Acaso sólo en ellos pueden encontrar los desheredados de la fortuna el pan que mitigue su hambre, el vestido que cubra su desnudez?

Medios mil hay de encontrar el pan de cada día sin que el toro arranque la vida de otros seres para después ofrecer la suya en desagravio de sus víctimas.

La idea benéfica es otro punto, tal vez el más sensible de cuantos toca el acérrimo defensor de las funciones de toros: si en nuestra patria no hay otro pan para los desgraciados que el que llegue á su boca regado, empapado en la sangre del banderillero Canet, si otro óbolo no puede llegar al desvalido que el que produzca la muerte de un padre que deja á sus hijos expuestos á la miseria, ¡maldito sea el pan que en sangre vaya empapado, maldito el óbolo que ocasione la pérdida de un padre para los hijos de su alma!

¡Idea benéfica!

¿Dónde, dónde está el bien que ha producido la última corrida de beneficencia de Madrid?

¡Ah! Aun cuando hubiese dicha funcion producido montes de oro, aun cuando los pobres hubieran recibido socorros sin número, ¿dónde hay oro bastante para pagar á los hijos de Canet, el padre que llevaba á sus labios el pan que deseaban, dónde para pagar á una infeliz viuda el esposo que perdió, dónde hay nada que pueda pagar las angustias, la pena de aquel desgraciado padre, que en sus últimos momentos se acordaría de sus hijos, de aquellos hijos que abandonaba para siempre sin poder estampar sobre su frente el beso de despedida, de aquel padre, que, hijo á su vez, gritaba en sus últimos momentos:

“¡Madre, madre del alma, ya no te volveré á ver!”

No es posible seguir, no; parece que mi alma lacerada vierte á raudales la sangre de aquel desgraciado; parece que esa sangre brota de mi pluma y escribe con ella estas tristes palabras!

¡Horrible, sí, horrible recuerdo el de un acto semejante; horribles momentos, horribles dolores los del hijo sin padre, los de la madre sin hijo, los de la esposa sin el amado de su alma!...

No más la sangre pueda llevar socorro al desgraciado: el bien que se compra con sangre humana, no es bien, no puede serlo, no lo será jamás.

No quiero, no, no quiero suponer—y en esto hago justicia á las palabras del Sr. San... Rafael—que haya quien se deleite con la cogida de un lidiador; pero esto no quita, que el que asista á esos cruelísimos espectáculos corra el riesgo de presenciar la muerte de un semejante, haciéndose en cierto modo solidario de su desgracia.

Basta, basta de sangre y de tristeza; la muerte es un espectáculo que repugna á la conciencia humana; esta se levanta altiva ante esas escenas de terror y de sangre, como si su maldicion fuera poco para aniquilar esa aficion que tales consecuencias produce.

El articulista, por último, se muestra partidario del progreso y entusiasta promovedor de certámenes literarios; descubra el nombre que oculta, seguramente, bajo la firma que aparece al pié de su escrito, y promueva un certámen en que se otorgue espléndido premio á quien presente los mejores medios de acabar con esas fiestas que nos degradan ante el mundo entero, y entónces, el que estas líneas escribe contra su defensa de las fiestas taurinas, será el primero en alabar su filantrópica iniciativa.

Mientras tal no haga, todos sus óbolos en pró de fines patrióticos, todos sus certámenes y todo su entusiasmo por la civilizacion—que queda completamente oscurecido ante el que siente por un espectáculo antivilizador—no serán bastantes á borrar el mal que puede haber causado defendiendo esas fiestas, cuando la sombra de Canet parece sustentarse sobre la plaza de toros de Madrid, como si quisiera oponerse á sus palabras.

Y al dar á estas pobres y desaliñadas líneas el fin que necesariamente han de tener, no puedo menos de trascribir la protesta que aparece en el

número de Junio del *Boletín* de la Sociedad protectora de los animales y las plantas de Cádiz.

Dice así:

"La Sociedad protectora de los animales y las plantas, de Cádiz, protesta, en nombre del sentido comun, contra la dolorosa aberracion de dar un espectáculo de crueldad y destruccion á favor del amor y la beneficencia, y en nombre de la humanidad, por las horribles desgracias ocurridas en la plaza de toros de Madrid, centro del poder, de la grandeza y de la civilizacion españolas!....

EDUARDO THUILLIER."

Puerto de Santa Maria, 8 de Mayo.

"Sr. Director de *El Cascabel*.

Muy señor mío y de mi especial aprecio: He leído en su ilustrado periódico, correspondiente al día de hoy, la contestacion dada por el señor Thuillier á mi carta en defensa de las corridas de toros, publicada el 6 de Junio, y como por error ó por malicia—que esto es de difícil averiguacion—me atribuya el articulista conceptos equivocados, y tergiversar renglones enteros, he de merecer de su finura se sirva publicar la presente réplica, que procuraré sea lo mas lacónica posible.

Nada tengo que decir sobre las cuatro frases que dicho señor presenta para la discusion de los espectáculos taurinos, puesto que no tiene por conveniente justificar sus asertos; esto de discutir con simples afirmaciones será muy cómodo, pero no muy convincente.

Tampoco sabemos por qué los beneficios que reportan tales espectáculos son poco importantes y casi nulos.

¿Por qué? Porque sí, como nos dice en una zarzuela el capitán Alegría.

A nadie se le ha ocurrido pedir la eficaz cooperacion de los toros, para elevar la ópera y zarzuela españolas.

Todo cuanto sobre el asunto escribe el articulista, es completamente extemporáneo.

Me limité, como Vd. sabe, y como el público puede ver en el número 964 de la coleccion de *El Cascabel*, á deplorar la decadencia de las artes, asegurando que, excepcion hecha de las corridas de toros, fiestas puramente españolas, las restantes nos venían del extranjero, y sobre todo de Francia, que *civiliza* á Europa con sus bufonadas y con sus pasos de can-can.

Nadie ha afirmado tampoco que lo sublime exista en una estocada, ni que el alma se eleve viendo morir á un caballo; estas son suposiciones del Sr. Thuillier, que debe ser muy rico en inventiva.

Y añade el citado señor.... "que no queda el placer del sentimiento para quien sólo siente palpar su corazon ante la lucha, *no de la fuer-*

za bruta, sino del talento y destreza del hombre, que reúne al instinto y bravura de las fieras."

Yo no he escrito lo que el articulista deja subrayado, y dicho señor ha debido leer mi carta al contestarla, para no cambiar las palabras de tal modo: he dicho "que los aficionados ven en las corridas de toros *no la lucha de la fuerza bruta, sino el talento y destreza del hombre, venciendo al instinto y bravura de las fieras.*"

Y como con estas palabras he sido el primero en negar que haya tal lucha, caen por su base cuantas consideraciones se le ocurren á mi digno adversario.

Para yo impugnar que tales espectáculos aumenten el vicio y sean inmorales, necesito que el articulista justifique ambos extremos, pues no alcanzo que la inmoralidad surja de una fiesta de toros.

La prensa que opine así—pues no todos sus órganos piensan del mismo modo—podrá un día y otro clamar contra las corridas de toros; pero me parece más lógico que se ocupe de intereses de mucha más trascendencia y de más provecho para la sociedad, que la cruzada contra los toros, cómo he dicho en mi anterior carta; y así como creo—y somos muchos á creerlo—que es un sentimiento asaz exagerado, el crear sociedades protectoras de animales y plantas, cuando tan poca proteccion encuentran en este país los que se dedican á las artes, á la ciencia y á la literatura; y tengo la *debilidad* de compadecer más al mísero trabajador que apenas gana para comer y al hombre de letras cuya posicion es tan difícil, que á los seres objeto del cuidado de dichas asociaciones, tales como las ánades y los pepinos.

¿Acaso—pregunta el articulista—no hay medios donde ganar la subsistencia más que en los toros?

Con tan *fuerte* argumento podríamos eliminar de la sociedad cuantos oficios á ocupaciones ofrecen algun peligro en su desempeño.

El Sr. Thuillier maldice el pan comprado con los productos de la corrida de toros verificada el 23 de Mayo, pero no hacen lo mismo los desgraciados á quienes se aplicó el producto de la funcion, por más que ellos como yo, deploren con toda su alma la pérdida del infeliz banderillero, que fué un accidente casual y no una condicion necesaria para aquel espectáculo.

Siento mucho no complacer al articulista ofreciendo una recompensa á quien presente los mejores medios de acabar con esas fiestas, por la sencilla razon de que para mí—como para la mayoría de los españoles—sería sensible la supresion de las corridas de toros; y en cuanto á que mis óbolos, mis certámenes y mi entusiasmo por la civilizacion, queden oscurecidos por el que siento ante tales fiestas, debo decirle que no pasa de ser una opinion suya, opinion muy falible, como todas cuantas emanan de frágiles labios humanos y repito que creo prestar á mi patria mejor ser-

vicio promoviendo un certámen literario, que no dedicando mis ocios á mejorar la suerte de los espárragos y de las chufas.

Concluyo manifestando al Sr. Thuiller que si *El Cascabel* ú otro cualquier periódico, pone á nuestra disposición sus columnas para tratar extensamente este asunto, estoy dispuesto á entrar en formalísima discusion defendiendo, como hasta aquí, esas brillantes fiestas nacionales que se llaman corridas de toros.

SAN... RAFAEL.»

Madrid 22 de Agosto.

“Sr. D. Carlos Frontaura:

Estimado amigo, de mi consideracion: Ha de permitirme Vd. las molestias que estas líneas pueden proporcionarle, ya que el Sr. San Rafael, no contento con publicar alabanzas en pró de las taurinas lidias—que el titula *brillantes* (?) *fiestas nacionales*—ha querido replicar á mi pobre artículo, aunque haciéndolo de un modo muy sensible para mí.

Empieza la réplica considerando el articulista que yo pudiera, *por malicia*, atribuirle errados conceptos, como tambien tergiversar renglones enteros: el que nada de eso ha hecho, el que defiende una causa justa y desinteresada, el que busca la discusion levantada y digna, no hace por malicia lo que el Sr. San Rafael manifiesta, tal vez con esceso de precipitacion.

Al protestar, pues, contra esa suposicion, creo justo hacer constar aquí:

- 1.º Que sólo discentiré levantada y dignamente.
- 2.º Que, circunscribiendo la cuestion á las corridas de toros, no tengo nada que responder á las bufonadas de los pepinos, espárragos y chufas, bufonadas que nada tienen en contra de la idea que ha dado vida á las Sociedades protectoras de los animales y las plantas, ya que estas, que tienden á favorecer intereses algo más elevados que los vegetales que nombra el defensor de los toros, se encuentran muy por encima de semejantes consideraciones.

Esto sentado, veré si lo mas concisamente puedo hacerme cargo de las razones del Sr. San Rafael.

Las tesis expuestas al principio de mi anterior artículo, no podian en modo alguno ser en él desarrolladas: proponiendo la discusion, era natural sentar la base de ella; y el que suscribe expuso claramente cuatro puntos, contrarios á las razones que aparecian en la carta que replicaba, añadiendo que conforme á ellos podía fijarse la discusion. Cada uno necesitaba un artículo; mal podian todos ellos en uno solo ser desenvueltos.

Los beneficios que las corridas de toros producen son casi nulos, si no quiere decirse que son nulos en absoluto. En efecto; esas fiestas no favorecen el desarrollo de ninguna industria particular, á ménos que quiera

Tomo IV.—Núm. 8.

el acérrimo partidario de ellas considerar como bienes para la patria, para la sociedad ó para la riqueza pública, el que existan algunas personas dedicadas al toreo ó á los cargos que pueden ejercerse en una plaza. El hacer unos cuantos vestidos bordados de oro y plata, industria reducidísima, no puede contrarrestar el notable perjuicio que los toros ocasionan á la riqueza agrícola del país, ya que dehesas fertilísimas y productivas están destinadas al pasto de unos animales que no han de dar otro producto que el morir ante un público entusiasmado con la sangre y los horrores.

Ahora bien, esos campos cultivados, ¿cuánto no producirían?

Causa pena, pena profunda, ver cómo la España, pobre en sus campiñas, cuando pudiera ser rica, es maltratada por sus hijos, que creen hacerle bien contribuyendo á sus principales fuentes de riqueza.

Las corridas de toros promueven el movimiento, la animación, la vida; pero es el movimiento, la vida fugaz; y cualquiera fiesta pudiera sustituir á los toros, lográndose con ella los mismos, si no superiores resultados.

¿Cuáles son, pues, los beneficios portentosos que quiere suponer el señor San Rafael?

No los hay, reales, verdaderos, efectivos.

Si los espectáculos verdaderamente cultos no sufren la influencia de esa fiesta repugnante, ¿por qué no lo demuestra el articulista, ya que pide razones y razones, no haciendo más que suposiciones gratuitas, cuya verdad no demuestra?

Llamar extemporáneo á todo lo contenido en mi respuesta, *porque sí*, como él dice, es más cómodo que exponer las razones que sobran en la réplica humilde, en contra de las fiestas taurinas escrita.

Efectivamente, han aparecido con pequeña variación las palabras en mi artículo subrayadas; más no es culpa de quien escribe á leguas de distancia de Madrid, que los cajistas pongan *que reúne* donde yo escribí *que vence*; esto aclarado, la lucha existe según esas palabras, pues no es fácil *vencer* donde no hay lucha.

¿Qué es vencer?

Sólo donde se lucha, es donde la victoria puede existir: si la lucha no se considera, la victoria no es nada. El hombre, pues, con su talento y su destreza *lucha, no con la fuerza bruta, sino con el instinto y bravura de los toros.*

¿Es así?

Debe suponerse, si no lucha contra ese instinto y esa bravura, no puede, no, vencerlos: ó lucha ó victoria; no queda otro camino. La inmoralidad surge de una fiesta de toros; es más, los espectáculos taurinos son en sí altamente inmorales.

Y no lo cree el Sr. San Rafael, y pide la demostración de tal aserto

para impugnarlo. ¿Qué puede entenderse por inmoral? ¿A qué puede aplicarse tal calificativo?

Fácil es expresarlo. Inmoral es todo aquello que es contrario al bien: este es el concepto filosófico que debe aplicarse á esa palabra.

Todos saben que la moral tiene por objeto arreglar la actividad del sér humano al estricto y severo concepto del deber: cualquier manifestación que contrarie el deber del hombre, es inmoral.

Ahora bien, ¿debe el hombre dar muerte, por mero pasajero capricho, á un animal útil?

¿Debe ocasionar la muerte de indefensos caballos que pudieran, dedicados á la ayuda del labrador, producirle inmensos beneficios?

¿Debe presenciarse, como diversion digna, escenas de sangre, de muerte y exterminio?

¿Debe autorizar con su presencia la muerte de un sér humano, haciéndose de ella en cierto modo solidario?

¿Es acaso eso el deber?

Locura sería pensarlo; delirio suponerlo, imaginarlo siquiera.

Esas fiestas, que contrarias son al deber, son inmorales, en cuanto pueden serlo.

Y de la influencia que tengan en las costumbres, no hay nada que decir: la sangre no puede elevar el sentimiento, y este es el único que puede engrandecer al hombre; los españoles, habituados á esas fiestas, podrán ser más valerosos para la pelea; pero no serán nunca, por la influencia de las corridas de toros, más dignos, más amantes del bien, aspiración suprema de la inteligencia humana.

Basta ver los pueblos donde los goces del espíritu han dejado el puesto á las fiestas groseras, á los placeres del sensualismo; basta compararlos con aquellos otros que solo admiten el goce del espíritu, para ver cuán grande, cuán inmensa es la diferencia que existe entre ellos.

Los unos son grandes, dignos, instruidos: los otros no tienen otra herencia que la lucha, y por desgracia la lucha fratricida; que la sangre siempre sangre producirá por doquiera, por más que los defensores de las corridas de toros no crean que pueden habituar al mal á los que las presencian con frecuencia.

Son, pues, esas fiestas inmorales, y habitúan al individuo á actos contrarios al deber, influyendo por ello de un modo desfavorable en las costumbres públicas.

Será un exagerado sentimiento el crear Sociedades protectoras de los animales y de las plantas: no es, sin embargo, el Sr. San Rafael, autoridad suficiente para dictar sobre ellas un anatema: la cuestión que ahora puede debatirse es la de los toros, aunque quiera el insigne partidario de esas horribles fiestas traer la discusión á otra parte.

Nada, nada hay, pues, todavía que decir sobre esas Sociedades, aunque muy bien pudiera recordarle al Sr. San Rafael, que tal vez el oxíge-

no aspirado por sus pulmones, haya sido dado á la atmósfera que nos envuelve por una de esas plantas para él tan despreciables; que tal vez el ácido carbónico por él exhalado, haya ido á llenar de verdura un pepino, un espárrago, una mata, un vegetal cualquiera.

¡Notable circunstancia!

¿Acaso la proteccion á las plantas es sólo por el bien de éstas?

¿Acaso la que se concede á los animales no tiende á separar al hombre de actos de salvajismo, de crueldad y barbarie, que influyen tristemente en la moral y en las costumbres?

He venido á parar al fin en este asunto, que no pensaba tocar: sólo el desprecio podía merecer lo que ya he calificado de bufonadas, lo que podría considerar consecuencia solamente de una sola falta de conocimiento de lo que son esas notables sociedades, que por fortuna existen ya entre nosotros desde el año de 1872.

Pero hay que volver al tema en discusion.

Sea fuerte ó débil el argumento expuesto en mi réplica, deben ser siempre reprobadas todas las profesiones que, sin una utilidad reconocida para las sociedades, sean causa de un peligro constante para los que á ellas se dedican.

En muchas existe, sí, ese peligro; pero son útiles al hombre en particular y á la sociedad en general: nadie podrá comparar los peligros de las minas de carbon de piedra, gracias al cual se iluminan nuestras ciudades y recorre la locomotora espacios inmensos, con los que existen immanentes en las corridas de toros, gracias á las cuales se acostumbra el pueblo á ver la sangre, costumbre que tal vez ocasiona que arroyos de generosa sangre española rieguen nuestros campos, manchen nuestras ciudades; como si tan poco fuera para la humanidad, que nos contempla con lástima, esas hecatombes de hombres y de fieras, que representan tantas vidas, tantos dolores, tantos sufrimientos.

¿Y qué importa—dado que sea verdad—que la mayoría de los españoles sea de la opinion del Sr. San Rafael?

¿Acaso los habitantes de la tierra hispana constituyen la humanidad entera?

¿Acaso las ideas del bien y de la justicia, son único patrimonio de los españoles?

El mundo civilizado mira con compasion este rineon de tierra donde tanta gloria y grandeza debía existir: el mundo entero contempla á España con sus corridas de toros, diciéndola que hay certámenes grandiosos, que hay otras fiestas de paz y de alegría, que hay otros goces más santos que aquí se desconocen; el mundo entero bendeciría á la patria nuestra tan amada, el día en que las fiestas de paz, los goces del espíritu, las luchas de la inteligencia sustituyeran para siempre á esas fiestas que hoy nos deshonoran, á esas luchas que hoy desgarran el suelo de la patria, que debiera ser santo para todos sus hijos.

Queda la cuestion más lastimosa: el bien que pudiera haber causado la última corrida de beneficencia celebrada en la plaza de Madrid. Los desgraciados á quienes se aplicara el producto de la funcion, podrían obtener algun consuelo; ¿mas este consuelo era un bien absoluto?

Esta es la cuestion.

El alivio que obtuvieran enfermos, que al fin estaban cuidados y asistidos: ¿podía pagar la vida del banderillero Canet?

Puesta en una balanza esa vida, ¿podría el beneficio producido por la funcion equilibrar su peso?

Quiero, debo repetir aquí unas palabras de mi anterior artículo: *el bien que se compra con sangre humana, no es bien, no puede serlo, no lo será jamás.*

Es, pues, necesario terminar estas líneas, seguramente tan largas como insulsas: queda aceptada por mi parte la discusion elevada y digna; mas para llevarla á cabo, son necesarias las columnas de un periódico: ceda Vd. las de *El Cascabel*, si le place, ó no las ceda; cuestion es que á usted sclamente corresponde, el asunto es demasiado importante, para que pueda en pocas líneas ser tratado.

Y al terminar, he de permitirme dirigir una pregunta al Sr. San Rafael.

Es la siguiente:

Si las corridas de toros son de suyo tan civilizadoras; si su influencia es tan eficaz y beneficosa; si su causa es tan digna y elevada; ¿por qué el señor San Rafael no firma sus escritos con su nombre?

¿Teme acaso que la humanidad agradecida levante un monumento á su memoria?

Por segunda vez se le invita á descubrir el nombre que oculta el de San Rafael.

Dispense Vd., querido amigo, tanta molestia, y sírvase hacer insertar estas líneas en el próximo número de su periódico.

EDUARDO THUILLIER.»

Puerto de Santa Maria 2 de Setiembre.

(Concluirá.)

A MANOLO SOTELO

HERIDO DE MUERTE EN LA PLAZA DE TOROS DE SEVILLA, EN LA
TARDE DEL 13 DE SETIEMBRE DE 1877.

Elegía.

Cesar, morituri te salutant.

¡Oh ninfas que del Bétis cristalino
Folgaís hendiendo la corriente inquieta

De algas prendidas y de verde lino;

No inspireis hoy al español poeta

Sus macarenas típicas canciones;

Los palillos callad; la pandereta

No removais; con lúgubres crespones

En vez la moña de esa tinta charra,

Do el oro y plata recamó florones,

Enlutad con aquellos su guitarra

Y á su acento prestad la acrimonia

Que un tiempo hubieron Juvenal y Larra.

Cese el canto de amor y de alegría:

Las jácaras parad: cese el bolero

Y de fúnebre endecha á la armonía,

Lloremos ¡ay! al infeliz torero!

No temamos del vulgo los silbidos,

La luz de la razon es lo primero;

Que no importan del toro los bramidos,

Cuando la voz del hombre se levanta

Del corazon vibrante á los latidos.

Ved ese circo de soberbia planta:

sus gradas contemplad; vedlas henchidas

De inculta plebe cuya vista espanta.

Doncellas que de blanco van vestidas,

Venerables cabezas por sus canas

Mirad entre la chusma confundidas;

Y ostentando sus flores, pompas vanas,

Ricas preseas y flotantes velos,

No faltan las matronas sevillanas

Recatando en su falda á sus hijuelos.

¡Cuánto esplendor la humana vista mide!

Desde el balcon que cuelgan terciopelos

Ved al Pretor, que la funcion preside.

Suena por fin la codiciada hora:

Un hurra el pueblo levantó: ¿qué pide?

¿A qué viene esa música sonora?

¿No comprendéis? Esa chacota y bulla

Vuestra razon qué significa ignora?

Ese ruido, cual la mar que arrulla,

Ese rumor fatídico, sin nombre,

Semejante al del lobo cuando ahulla,

Pide la sangre de un Isaac, de un hombre,
De un esposo tal vez, tal vez de un padre:
Que el rayo del dolor parta no asombre,

Pide la entraña de una pobre madre.
¡No llores, infeliz! No hay quien procure
La lanzada esquivar que te taladre;

No hay entre tantos quien tu herida cure:
Poco vale entre el público una muerte,
Con tal que el espectáculo así dure.

Ante tránsito tal muéstrate fuerte:
¡Oh madre! acata del pulgar el fallo:
No es tu hijo: la plebe se divierte

Frenética aplaudiendo á su vasallo,
Cuando al rodar por la revuelta arena
Su sangre mezcla á la del ruin caballo.

¿Qué importa de una madre la cruel pena?
¿Qué importa de un torero la agonía,
Si el corazón de la salvaje hiena

Rebosa de entusiasmo y de alegría?
Ved al verdugo en ella; ved al reo...
¿Cómo esto alumbras, luminar del día!...

¡Todo acabó! otro hurra... otro jaleo;
La banda militar toca entretanto.
¡Magnífica funcion! .. bravo toreo!

¡Quitad esa mujer!... fuera ese llanto!..
Recostad al histrion sobre la paja...
Levanta ¡oh plebe! de victoria el canto.

Unos cirios, un Cristo, una mortaja,
Restan tan sólo al transcurrir un hora:
Un cadáver que ostenta abierta raja,

Y junto al muerto una mujer que llora.
Haced girones de su faja leve,
Presea es del amor y estofa mora;

Del gladiador guardadlos en memoria
Hombres, que el llanto ni el dolor conmueve:
¿Quién le mató?—preguntará la historia—
La ilustracion del siglo diez y nueve.

EUSEBIO ANGLORA.

(De la *Revista Artistico-Literaria* de Sevilla.)

Uno de nuestros socios corresponsales de Jerez de la Fronteira, nos escribe lo siguiente:

OTRA VÍCTIMA.

Las corridas de toros desde su primer instante traen aparejada la muerte.

El día 21 de los corrientes tuvo lugar en una hacienda de esta campiña lo que se llama una tienta, que, como todos saben, consiste en un exámen de bravura á que se someten los novillos.

Asistieron á ella, además del dueño de la torada, su señora y amigos íntimos, varios aficionados de Jerez y otros pueblos, y algunos toreros entre ellos Cuchares y Carita-Ancha.

La función prometía ser animada, cuando he aquí que uno de los beceros, renunciando á la beca laureada, echó á huir, acertando, por desgracia, á dirigirse hacia la carreta en que se encontraban las señoras, convenientemente colocadas para ver el espectáculo con toda comodidad.

Los bueyes conductores de la carreta que vieron venir tan incomoda visita, olvidando su habitual parsimonia, dieron á correr por aquellos campos de Dios, con grave riesgo de las señoras, quienes, así por el inminente peligro de volcar, como por miedo al torete que no abandonaba la pista, empezaron á gritar desaforadamente.

El pobre carretero en lance tan apurado perdió el tino, y sin saberse como, cayó debajo de una rueda que dió cuenta de él. Arrojando sangre y casi exánime, fué traído al pueblo en una calesa y á la mañana siguiente había espirado.

Ignoramos si entre los concurrentes habrá habido alguno que se encargue del porvenir de la pobre familia del desgraciado que ha perdido su vida por salvar la de sus amos y señores, ni ménos si se han hecho algunos sufragios por su alma; pero lo que nos consta es, que se lamentó el lance porque *aguó* hasta cierto punto la función. *Le Roy s'amusse.*

GUY.

Jerez 23 de Noviembre de 1877.

Advertencia.—La administracion del BOLETIN de la SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS, suplica á los señores suscritores y socios corresponsales que se hallen en descubierto, tengan á bien remitir el importe de los trimestres que adeuden, con inclusion del último del corriente año; advirtiéndoles que seran remitidos los recibos sin demora alguna.

Tipografía de Jose M.^a Gálvez.—Tenería 1 y Sacramento 42.—Cádiz.